

EL GALANO SENSUALISMO DE LAS SONATAS

Magnífico ejemplo de noble prosa son estas "Sonatas" que vienen a ser una compilación de todos los matices poéticos del gran escritor.

Había en el carácter de Del Valle Inclán un rasgo singularísimo, que, no contento con exteriorizarse en la fosforescencia del misterio de su personalidad, había de plasmar en el campo de las letras con la realización de obras maestras, de las cuales las *Sonatas* son un ejemplo. Este rasgo, que es la extraordinaria admiración que siente el escritor por todo lo que sea noble, antiguo y caballeresco, inunda su producción literaria, que es, por su calidad y su contenido, literatura noble.

Y lo más curioso del caso es que el edificio de esta literatura noble está construido con los materiales que se usan para la elaboración de los desechos literarios: las novelas eróticas y sensuales, campo de los desprestigiados en las letras.

Tal confusión de sentimientos es el fruto de la curiosa mezcla de la antigua y piadosa hidalguía, y de la lascivia del moderno decadentismo, que agitaba, inquietándolo, el espíritu del gran prosista.

En tal situación, ¿cuál sería el sentimiento de predominio en su producción literaria? ¿En qué forma traduciría este complejo de sensaciones diversas? ¿Cómo se las arreglaría para conciliar, armonizándolas, estas facetas tan distintas de su personalidad?

Esto es lo que trataremos de explicar.

Vemos en primer término, que siempre hay lugar en el marco de estas obras para escenas de corte religioso.

En la *Sonata de Primavera* las encontramos en el velorio del obispo Gaetani y cuando al marqués de Bradomín se le aparece el monje que lo salva de su ruina. En la de *Otoño* encontramos también al comienzo de la obra una escena en el locutorio de un convento, y luego otra, bastante larga, que se desarrolla en la capilla del palacio de Brandeso. En la de *Invierno*, en fin, vemos a Bradomín hacer su aparición disfrazado de cartujo en la sacristía de una iglesia y luego curarse de las heridas en un convento de carmelitas.

A más de esto, a cada instante tropezamos con ceremonias y alusiones religiosas y litúrgicas.

Del Valle Inclán, sin embargo, no tiene un espíritu piadoso. El es el poeta pagano que adora al cristianismo, no por el cristianismo en sí, sino por lo que este tiene de reminiscencia de la piedad antigua, y en la medida en que el empleo de términos religiosos y litúrgicos presta a la prosa esa musicalidad que él tanto busca.

Vemos así que buena parte de los ejemplos con que tropezamos están promiscuidos, por su estrecho contacto, con imágenes de desbordante sensualismo.

"Yo la vestía con el cuidado religioso y amante con que visten

las señoras devotas a las figuras de que son camaristas".

"Los senos eran dos rosas blancas aromando un altar".

Con semejante mezcla no se sabe por momentos qué pensar: si Del Valle Inclán es un espíritu religioso, o si, por el contrario, es un cínico que se burla de la religión y sólo la emplea para llenar *finés exclusivamente estéticos*. Dadas las características generales de su obra, nos inclinamos por esta segunda opinión.

En efecto, no son estas escenas de corte sexual, características del género de memorias, las únicas que acusan el sensualismo de Del Valle Inclán. Este se encuentra en todas partes, y la tan mentada musicalidad o armonía de sonidos que se ofrecía en sus obras es la prueba más evidente de ello. Esta musicalidad está presente en todas partes; mismo en los nombres de los personajes, que son sonoros, eufónicos:

"Teobaldo, Garín, Ginebra, Montenegro, Beldaña, Bradomín".

Su sensualismo es integral. El es un extraordinario captador de sensaciones de todo orden que trueca en imágenes.

VISUALES:

"La luz de la lámpara tenía tímido aleteo de pájaro prisionero".

"La caricia de la luz temblaba sobre las flores como un pájaro de oro".

"El campo, verde y húmedo, sonreía en la paz de la tarde".

AUDITIVAS:

"En el silencio, su voz leía piadosa y lenta".

A cada instante escuchamos, a través de la lectura, las más variadas gamas de voces, de ruidos, de murmullos y susurros.

"Las palabras de Concha, que parecían perfumadas de alegría, se desvanecieron en una queja".

"Estaba adormecido, y llamaron a la puerta con grandes aladabadas, que en el silencio de las altas horas parecieron sepulcrales y medrosas".

"Las carreras estaban cubiertas de hojas secas y amarillentas, que el viento arrastraba delante de nosotros con un largo susurro. En el fondo del laberinto murmuraba la fuente rodeada de cipreses, y al arrullo del agua parecía difundir por el jardín un sueño pacífico de vejez, de recogimiento y de abandono".

Las que predominan, sin embargo, son las sensaciones olfativas y lo hacen con la preponderancia propia de lo sexual.

"Llegué hasta la alcoba; allí la oscuridad era misteriosa, perfumada y tibia".

"Descolgué aquella túnica que aún parecía conservar cierta tibia fragancia".

Por momentos hay algo de ideal en este sensualismo, como cuando dice:

"Las flores exhalaban ese aroma indeciso que tiene la melancolía de los recuerdos".

Pero, luego, vuelto en sí, exclama:

"¿Pero la más casta y pura de las amantes, ha sido nunca otra cosa que un pomo de divino esmalte, lleno de afrodítas y nupciales esencias?".

Las Sonatas son, en suma, un extraordinario tejido de sensaciones en el que se dá a la representación y a la idea misma de lo cristiano, en el orden estético, un valor de sensación.

Es tal, sin embargo, la maestría de Del Valle Inclán y sus conocimientos de la estética y del idioma, que le ha sido posible convertir con exquisito arte, vulgares escenas de alcoba en pasajes llenos de espirituales y santas bellezas, volviendo por momentos este campo rojo del placer sensual, en uno verde y blanco de ilusión y de pureza.

En efecto, veamos por ejemplo la *Sonata de Primavera*. En ella encontramos, sí, ese sensualismo de sonidos, de olores... Tropezamos también con los procederes valleinclanes para obtención de la cadencia melódica del sonido (procedimientos de adjetivación y repetición con intervalos de ciertas frases, ejemplo: Fué Satanás).

Lo que no vemos en ningún pasaje es el tema del sexo, y si hay por un momento una intención equívoca, su recuerdo se desvanece pronto, quedando en la memoria la sola visión ideal de ese amor juvenil, cuyo perfume ilumina con enternecidas sonrisas las horas amargas de la vejez.

Sin embargo, Valle Inclán se olvida pronto de su *Sonata de Primavera*. Escribe la de *Estío* y la de *Otoño*. En esta última, más que en ninguna otra, puede apreciarse su verdadera psicología.

Encontramos también en ella escenas del más tierno romanticismo: manos blancas perfumadas de recuerdos, pieles transparentes y delicados, ojos tiernos y asustadizos...

Pero al par que estas, vemos también escenas de un sexualismo brutal. Seguimos los pasos de Bradomín y vemos que, saliendo de al alcoba en que deja el cuerpo yerto de su prima Concha, que acaba de morir desnuda en sus brazos, se introduce en la pieza de su prima Isabel a cuyos encantos rinde homenaje su masculinidad.

Esta escena de cinismo feroz, que choca y rebela a la sensibilidad, es el desesperado grito del sensualismo enfermizo de Del Valle Inclán, que permite clasificar de las *Sonatas*, como telarañas de absorbente sensualidad.

ANTONIO F. CHUSLOPLERSEN.

ALBERTO FREIXAS. — *Tucidides y las inscripciones*. El material de Tucídides críticamente correlacionado con el "Corpus Inscriptionum Atticarum" y el de la "Sylloge de Dittenbergen" para el problema de la Hegemonía de Atenas. 1937.

El año pasado se dió a luz un libro de índole histórico-científica que, como lo dice el título del epígrafe, tenía por objeto dilu-